



R
25119

FR. GERUNDIO.



FR. GERUNDIO.

PERIÓDICO SATÍRICO

DE

Política y Costumbres.

(SEGUNDA EDICION.)

Despacha Fray Gerundio su semana santa, y para descansar de sus fatigas espirituales determina visitar las casas de los hermanos; va tomando gusto á los viajes, y al cabo de tres meses aparece predicando en la corte.



TOMO III.

QUINTO TRIMESTRE.

Julio, Agosto y Setiembre de 1838.

MADRID.—1840.

IMPRENTA DE MELLADO.

PRECIO DE SUSCRICION.

Reales.

Para los actuales suscritores cada tomo.	20.
En las provincias franco el porte.	24.
Para los no suscritores.	24.
Franco de porte.	28.
Los tomos sueltos se venderán á.	30.

SE SUSCRIBE EN MADRID: En el despacho de la calle del Príncipe, número 25.

PROVINCIAS: Almería, D. Ramon Gonzalez; Alicante, Carratalá (D. Nicolas); Astorga, Don Matias Arias Rodriguez; Badajoz, viuda de Carrillo y sobrinos; Barcelona, Sauri; Barbastro, Lafita; Bilbao, Garcia; Cuenca, Mariana; Coruña, Sotomayer; Cadiz, Hortal y compañía; Ferrol, Tajonera; Granada, Sanz; Jaen, D. Felix Maria Orozco; Jerez, Bueno; Lérida, Boix; Logroño, D. Domingo Ruiz; Lugo, Pujol y Masia; Leon, Paramio; Málaga, D. Luis Carreras; Mequinzenza, administrador de loterías; Mondoñedo, idem; Orense, Gomez Novoa; Oviedo, Longoria; Palma, Guasp; Ronda, Fernandez; Sevilla, Hidalgo y compañía; Santander, Riesgo; Salamanca, Moran; Toledo, administracion de loterías; Valencia, Gimeno. Y en las ADMINISTRACIONES DE CORREOS de los demas puntos del reino.

NOTA. En estos mismos puntos se admiten suscripciones al periódico.



FR. GERUNDIO.

Si quis fortè dixit Fr. Gerundium penitus conticuisse, ampliusque jam non gerundaturum, anathema sit.

Si algun pobre diablo ha tenido la desgracia de decir que Fr. Gerundio ya se cosió la boca á dos cabos, y que no volveria á gerundiar en su vida, ¡poder de Dios y qué capillada se va á mamar el infeliz!

SEGUND. CONC. GERUND. CANON. I.

PEREGRINACION

DE FR. GERUNDIO Y SU LEGO.

Mil ochocientas treinta y ocho primaveras, sin faltarle un cuarto, contaba la tabla cronológica de Fr. Gerundio desde que Cristo nuestro bien tuvo

el mal gusto de venir á este mundo piñolero á predicar paz á los hombres de buena voluntad, hasta que Muñagorri se apareció en Verástegui predicando paz y fueros á los vizcaínos y navarros de *lucen temple*. En este estado de cosas habia amanecido una mañana de mayo, porque en Castilla desde que Fr. Gerónimo tiene uso de razon ha tenido la curiosidad de observar que siempre amaneco por las mañanas. Los dias anteriores habia diluviado en términos que los especuladores en granos estaban dados á Satanás, al paso que los labradores contaban *un año mas de vida* si la Divina Providencia preservaba sus campos de una nube de piedra ó de una nube de facciosos, que es lo mismo. Pero aquella mañana se presentó mas *moderada*. Las nubes vagaban esparcidas por el azulado espacio como grupos de una faccion derrotada y dispersa. Yo acababa de reemplazar mi garro blanco de dormir con la respetable peluca color de castaña, y me preparaba á echar los maitines de la feria sesta; mi ingenioso lego Tirabeque habia madrugado á remendarse los calzones, cuya operacion ejecutaba en camisa y calzoncillos, por ser el único uniforme que tiene para los dias de gala y para los que le toca de rancho.

En este estado de cosas sentí ruido en el zaguán; monté las gafas, abrí la ventanilla falsa de la celda, y me pongo á hacer un reconocimiento. Eran maragatos con su correspondiente séquito de mulos; porque las caballerías son á los maragatos,

lo que las adiciones y enmiendas á proyectos de ley aprobados por el Congreso: dígalos sinó la re-
cua de ellas que marchó tras de la votacion del diezmo. Pero hay una diferencia, y es que los maragatos se sirven de los mulos para marchar, y los diputados se suelen servir de las adiciones para entorpecer la marcha. Todo va en genios.

Subieron mis maragatos, de los cuales uno era un *jóven caudillo*, de la aristocracia de los maragatos, y hombre no solo de conducta sino de *conductas*, pues es uno de los que portean los caudales de la hacienda nacional. Los otros eran una especie de asistentes al sacro Solio Pontificio, es decir, auxiliares honorarios del principal. Preguntéles si traian caballería para Tirabeque, y me dijo el maragato *responsab'le* que traia la *adicion* de un pollinito. Llamé pues á este (no al pollinito, sino al lego,) y le dije; «Vamos, Tirabeque, disponte á la mayor brevedad, porque tenemos que emprender un viaje hoy mismo.—¿Hoy mismo, señor?—Hoy mismo, Tirabeque, en esta misma mañana: estaba esperando solamente por estos amigos para ir en su compañía.—¿Y es muy lejos, señor?—No es cosa, á Madrid.—Pero señor, ¿á Madrid nada menos! y así tan de sopetón, sin saber yo una palabra, sin despedirse de la comunidad, ni siquiera del pobre *padre Circunloquio!* ¿Quiere vd. que vaya á ver si se les ofrece algo, señor?—Nada, nada, Tirabeque, el secreto es el alma de los gabinetes.—Señor los

nuestros no son gabinetes, sino celdas.—Tampoco dice mal el secreto en las celdas; y vete á la tuya, ponte los calzones, y despáchate al instante.—Y las capillas que me falta remendar ¿qué hago de ellas, señor?—Anda que allá las darás un repaso; y sino se darán á hacer otras nuevas á un sastre.—Señor, ¿vd. sabe lo que son los sastres de Madrid? puede que cada puntada le costara á vd. el valor de un sermón. Cabalmente me contó el otro día uno que venía de allá que hasta los destinos iban bajando ya de precio en aquel Madrid, pero que la tarifa de los sastres no bajaba nada: que en el presupuesto de hechuras, que llamaba él, no se conocía que estuviéramos en gobierno representativo.—Pues bien, allá las remendarás tú; y ahora vístete, coge las alforjas grandes, mete en ellas lo que puedas y vamos que por tí se está esperando ya.—¿Y yo cómo voy, señor?—Tú debieras ir á pié, como manda la regla; pero teniendo presente tu cojera, he dispuesto que lleyes un pollinito.—Señor en tal caso que me lleve él á mí.—Se entiende, hombre; no has de empezar á molerme con materialidades: vas á ir en él hecho un verdadero patriarca, un Moisés, un Aaron, un Labán, un Melquisedech, un Balaan (porque el que éste llevára pollina y tu pollino no muda de especie). Parecerás un Sileno viajando por la India. En fin, tu entrada en Madrid semejará á la de Cristo en la capital de Palestina.

Vistióse, pues, Tirabeque, tomó sus alforjas,

á cuyos hondos senos llama él, el uno *seno de Abraham* y el otro *el limbo de los inocentes*. El seno de Abraham le relleno á tente bonete de las primeras materias que encontró en la despensa, formando un *acerbo comun* de chorizos, cecina, lacones y otras porquerías: y tanto embutió, que á pesar de haber ubicado en el limbo de los inocentes todas las capillas, tónicas, escapularios, cordones y sandalias que pudo, hubo que votar por unanimidad la *adición* de un canto pelon para igualar el peso. Reconviniéndole por qué habia metido tanto matalotage, me contestó que me hiciera cargo que de aquel acerbo no solo tenia que comer yo, sino tambien los maragatos, como *participes legos*, y él como *lego participa*, y lo que siento yo, añadió, es que con la prisa no pude recoger los huevos, legumbres y demas frutos menudos: eso lo lloraré yo siempre. Descáñese V., señor, los apuros para nada son buenos. Lo mismo va á suceder con los diezmos: cuando venga la órden para diezmar, los frutos menudos ya estarán manducados, y los mayores si se descuidan un poco..... Yo no sé, señor, en qué piensan esos ministros ó esos diputados allá en Madrid, que nunca hacen las cosas á su tiempo.—A verle vamos, Tirabeque, y calla y anda, que ya están saliendo los maragatos.



SALIDA: DISPERSIONES: JORNADAS.



Emprendámos, pues, nuestra santa peregrinación. Mas á pocas horas el horizonte empezó á irse oscureciendo, las nubes dispersas en grupos se reunían y amontonaban, sin duda por el mismo principio de afinidad que reúne á Negri con Merino, á Merino con Basilio, á Basilio con Cabrera, y á Cabrera con el diablo. Lo cierto es que una horrozosa manga de agua descargó sobre nosotros, y nuestra pequeña columna sufrió un verdadero descalabro. Este revés me ratificó en la idea de no errecr jamás en tres cosas: mañanas moderadas, dispersion de nubes y derrotas de facciones.

Alternando entre claros y oscuros llegamos á un pueblo, cuyo nombre podré callar sin socabar los cimientos sobre que descansa la causa de los libres; y aunque yo estaba bien lejos de pensar en que habia de pasar allí la noche, se dió la órden general de pie á tierra, y anuncióseme que aquel era el término de la jornada. Desde que hay maragatos en España, cuya época erca yo que raya con la confusión de las lenguas en Babel, están ya marcadas las jornadas de cada dia; ni un paso mas ni un paso menos. No serán *del progreso*; pero al menos son *conservadores*, no se quedan atrás; y una vez en marcha no se paran aunque

caigan chuzos: poco á poco y siempre andando, la jornada siempre se saca: desde los coetaneos de Jafet hasta los contemporáneos de Alonso Cordero se ha seguido constantemente el mismo sistema. Así quisiera yo que fuesen nuestros gobernantes: bien que no se corra á galope, no estoy por eso; pero una vez en marcha, estoy por sacar la jornada aunque caigan capuchinos de bronce: poco á poco se va lejos: Gobernantes, aprended de los maragatos.

Los alfileres y la pelotera.

Mientras duró el repuesto del seno de Abraham la cosa marchó en bonanza y sin bullangas: mas, luego que se consumió no nos faltaron disgustos con Tirabeque, el cual creyendo que se iría reponiendo el alforjón por las casas de las hermanas como en los siglos de oro de los frailes, se llevó chascos que son de contar.

Estábamos una mañana todos montados ya fuera del meson, cuando eché de menos á Tirabeque y su *moíno*. Vuelvo atrás, y oigo desde la puerta unas voces hácia la caballeriza que decian: «¡ha hija de un cabroal! ¿con que tras de no pa-

garme á mi el gobierno, y haber tenido que dormir sobre las piedras, en vez de darme tu algo me pides para alfileres, hé? Pues no te habia yo de picar primero esa cara de pán tostado que tienes que darte un mal? Ya no dudé que era mi buen lego que estaba rifando con la criada del meson. Apéo mi humanidad reverenda, y me dirijo á la cuadra: ¡que cuadro es aquella cuadra! Tirabeque habia desgredado á la mozona, la habia arraucado el pañuelo del pecho, y ella, la que pedía para alfileres, le habia hecho un fuerte rasguño con uno de los que le sobraban y tenia preso en el paño de la camisa; el *moño* contemplaba muy sério el ensangrentado rostro de su *giuete*, y las abultadotas y no nada elegantes formas de la moza. Costóme no poco trabajo separar las dos partes contendientes, y gracias que no le dió gana á la sucia amazona de emprender tras de mi reverendisimo bulto.

No sé como los viajeros no han formado un plan regularizado de conjuracion contra la nefanda costumbre de pedirles los alfileres despues de haberles tratado infamemente y haberlos puesto una cuenta de gastos que hace temblar. Esto y lo de los guantes y propinas á porteros y empleados subalternos, despues de haber hecho á un pobre pretendiente gastar su patrimonio para lograr el estanquillo de su lugar, son cosas que me quemán, á mi Fr. Gerundio, el cnemigo de los abusos.



CONSTITUCION, ALFORJA Y VETO.

A poco rato de marcha advertimos que la alforja se iba cayendo del lado del limbo donde iban las capillas; y era que como á los *bien aventurados* chorizos y jamones del *seno de Abraham* le habia llegado *su santo advenimiento* todo el peso cargaba del lado opuesto, lo cual se remedió con la sencilla operacion de trasladar el canto pelon del limbo de los inocentes al seno de Abraham.

Era el *veto* concedido al poder ejecutivo por un *Lego* constituyente para equilibrar los poderes del estado, que se iban al suelo por el peso de la única cámara legislativa. Aquella alforja era la *Constitucion* de 37 en metáfora.

LA BOTA Y EL PARTIDO DOMINANTE.

Cuando yo me dedicaba á rezar el oficio divino *Tirabeque* se incorporaba á los maragatos de la recua, los cuales suspendian su perpétua discusion sobre la orden del dia, que es el tratado sobre portes y cambios de mulos, para escuchar la relacion de las travesuras de *Tirabeque* cuan-

do fue refitolero dal convento. Él contaba, ellos reian, la bota arañaba, todos soplaban, y por las ó por nefas siempre le tocaba al lego historiador remojar la palabra dos veces mientras los otros una: para esto me salió pieza de rey. Tanto bebía, que á veces se me embebía (¡alabo á Dios qué retruécano tan sonoro!), y siempre tenia que irle repitiendo «*Vamos, Ticabeque, arréa ese prógimo:*» á lo que me solia contestar: «*¡Señor, si parece retrógrado el maldito del pollino!*»

En el discurso del viage traté de sondear el espíritu de los pueblos, sus ideas dominantes, sus clamores y el partido que entre ellos cuenta mas simpatías. En cuanto á espíritu, *ueque si spiritus est audivimus*: todo eso del espíritu de los pueblos es farándula. Creedme, Pisones; los pueblos son monnias. Su único clamor es *paz y pan*: sus deseos se limitan á que les dejen comer *un pedazo de pan en paz*: sus ideas dominantes *paz y un zoquete de pan* por activa, y *un mendrugo de pan y paz* por pasiva, y *paz* por participio, y *pan* por futuro en rus. El partido con quien tienen mas simpatías es el que les eche menos contribuciones: el mejor gobierno para ellos el que menos les *adjective*, y las mejores Córtes las que les *gerundican* menos, *Crédite, Pisones*: maldita mentira os digo, hermanos.





Vamos, Tirabague, arrea ese prógimo.—Señor, si parece retrogrado el
maldito del pollino!

Tomo III.—Pág. 14.



¡QUE TE CAPO, MUCHACHO,

QUE TE CAPO!

En punto á prosperidad baste decir que si es cierto lo que nos enseña el evangelio, que el reino de los cielos es para los pobres, suplico á su Divina Magestad se sirva ensanchar los salones celestiales, pues si han de tener cabida en ellos todos los que á mí me asaltaban en el camino, no hay mas remedio que tirar abajo algunos tabiques, y aun habrá que reforzar la guardia de la pórtica, porque sinó me van á atropellar al hermano Pedro. A mí se me partian las entrañas de dolor por la imposibilidad de socorrer á todos, lo cual no hubiera podido hacer, aunque fuese *el rico hombre de Alca'á*, cuanto mas siendo *el pobre Fr-Gerundio de Campazas*. En los pueblos me rodeaban, en el camino me acometian, y habia infeliz que por la esperanza de un ochavo me seguia un cuarto de legua echando una cuarta de lengua. Los que mas me seguian é importunaban eran los muchachos; parecian diputados en derredor de un ministro en solicitud de empleos; hasta que discurri el medio de desprenderme de aquella *mayoría pueril* diciendo en recia y ahuecada voz: «Abate que te capo. Tirabeque, cójenie ese muchacho,

y cápale, y métele en la alforja para cenármelo á la noche. Al oír tan terrible sentencia retrocedían llorando, y me dejaban en paz.

Señor, me decía Tirabeque, los muchachos ya sabemos ahuyentarlos, pero de los *adúlteros* no sé como se ha de deshacer vd.—Entonces me ocurrió una invencion con respecto á los *adultos*, que fue remitírselos á Tirabeque diciendo: *hermanos, ese que viene ahí atrás es el padre Cillero: decidle de mi parte que os dé lo que haya quedado en la alforja.* Acudian pues á Tirabeque con el recado; y como en la alforja no iba mas que el canto pelon, mi buen Lego no hacia mas que ir protestando letras, y dándoles poco menos que con el canto en los hocicos. Esto es lo que se llama saber hacer un ministro en regla, y un legítimo tesorero. Los acreedores embisten al ministro, el ministro quiere sacudirse de los acreedores, y les dá letra contra una tesoreria exhausta: acuden al tesorero, el tesorero dice que no hay un cuarto, y el resultado es darles con un canto en los hocicos como á los mendigos de la alforja de mi lego.



Los puentes de carne.

No deba pasar en silencio una de las escenas mas ridiculas y al mismo tiempo mas tristes que he visto y pienso ver en mi vida. Es de advertir, que habiendo yo querido visitar antes de venir á Madrid las ruinas de los 25 conventos que teniamos en Salamanca tuve que atravesar el camino que desde aquella ciudad viene á unirse con la carretera de Castilla en Lavajos. Antes de llegar á Blasco-Sancho hay que pasar el rio Adaja, que ni tiene puente, ni barca, ni se puede vadear á pie, ni aun con caballería menor. Pero en cambio de todo eso hay *puentes vivientes*. Vosotros los que habeis admirado los puentes colgantes de España ó del extranjero, los que habeis visto el famoso y atrevido puente subterráneo del Támesis, aunque no sea sino en la galería topográfica del paseo de Recoletos, ¿cómo creeriais que os faltaba ver lo mas singular y admirable en materia de puentes, *los puentes de carne* del rio Adaja en Castilla la Vieja? Pues id, hermanos; dirigíos á aquel rio, y alli encontrareis cinco ó seis musculosos y nervudos *ciudadanos* españòles desnudos de medio cuerpo abajo, que están constantemente aguardando viajeros para pasarlos á lomo de una á

otra orilla. Por miserables dos cuartos tendreis el gusto de montar en un hombre, como montó mi lego; y despues desafiad á los estrangeros á ver si con todo su progreso y sus artes y su industria han llegado ellos á tener puentes *racionales* como tenemos nosotros en Castilla. *¡Racionales!* ¡Ah! Los que teneis el insensato orgullo de no querer viajar sino en cómoda y costosa diligencia y creeis decaer de vuestra sublime esfera sino arrastrais el lujoso coche, trasladaos por un momento á aquel sitio y contemplad alli la humanidad verdaderamente degradada, testimonio triste de nuestra miseria, oprobio de nuestros gobiernos, y severa reconvencion de vuestro orgullo! Yo contemplaba tristemente la suerte infeliz de aquellos hombres, hombres como yo; y quizá bajaron hasta las aguas de aquel rio las lágrimas que me arrancó esta reflexion melancólica! Pero Tirabeque me hacia reir diciéndome: Señor, ¿sabe V. que voy mas á gusto que en el moíno?



LO QUE CALLO.

Callo los peligros á que nos espuso el viajar con el santo hábito, y que nos obligó por último á recogerle, y marchar *á lo hombre libre*; si bien nos valió tambien algunos obsequios y finezas de los curas, creyéndonos por lo menos ayudantes de D. Cárlos perdidos y extraviados y alguna otra espresion de tal cual beata que aun se conserva, y que venian á besarnos la mano, diciendo á sus niños: «mira, hijo, así eran los *santos frailes*.»

Callo por respeto el virginal pudor de las mozas de los mesones; enmudezco ante la elocuencia brusca de las mesoneras: acato la sencillez retórica de los dormitorios, venero la dureza artística de las camas; no tomo en boca, porque me la salpulliria seguramente, las eucharadas de *exaltado* pimenton, con que infaliblemente guisan, condimentan, aderezan y sazonan nuestras posaderas lo mismo el barreñon de sopas de ajo que el plato de perdiz ó de conejo; paso por alto la gracia con que limpian las cucharas con su misma saliva, con la sustancia misma de su cuerpo ¡las pobrecitas! No examino las cuentas de aquellos ministerios, porque ni es moda, ni resultaria ventaja alguna en favor del erario de mi bolsillo: no me detengo en la prosáica y *moderada* prosopope-

ya del paso de la recua, y avanzo con Tirabeque y el maragato conductor desde la ya mas suntuosa fonda de San Rafael por el puerto de Guadarrama arriba á descubrir terreno. ¿Qué sirve el odoroso ambur que se desprendia del frasco interior de Sancho la noche que su amo acometió la celebre aventura de los batanos, para el que se percibia en derredor de Tirabeque al enseñarle aquellos famosos confesonarios en que á tantos penitentes se les ha absuelto de los pecados mortales de oro y plata, y hasta de los veniales de calderilla, ya dejándoles proseguir con la conciencia enteramente limpia y sin el peso y remordimiento de una sola moneda, ya proporcionándoles allí mismo la palma del martirio? Tres bruscos ataques sufrió del miedo, y otras tantas veces atacó y desatacó en masa dejando el campo cubierto de despojos. Pero cuando ilegamos al alto del puerto, tal era el pavor que de él se habia apoderado, que le pareció que el venerable leon de piedra que divide las dos Castillas se le iba derecho con la boca abierta á engullirse un lego como una guinda, y acudió á guarecerse debajo del *moino* en donde se acurrucó haciendo la caricatura mas rara del mundo. Mi risa y la del hermano maragato y el haber divisado, aunque con ojos turbios, los soldados que allí se ballaban de destacamento, le inspiraron cierta confianza y nos siguió; si bien no los tenia todos consigo, y al llegar al leon se desvió á una oportuna distancia oblieuando sobre la izquierda.

LA TRANSFIGURACION.

Me da á mi la gana de llamar *transfiguracion* á la transformacion de afectos que experimentó Tirabeque cuando desde la cima del puerto se alcanzó á ver y se le enseñó Madrid. No con tanto entusiasmo exclamaron llenos de júbilo los cruzados al descubrir la ciudad santa desde la montaña de Enmaus, «¡*Jerusalem, Jerusalem!*» como experimentó Tirabeque en el alto del Guadarrama al ver la corte de España, término de su peregrinacion.

Ahora voy á acabar.

Si he de dar fin en esta primera capillada al curioso romance de nuestra expedicion, me precisa pasar en silencio las aventuras del último dia de ella, asi como he tenido que omitir otras no menos divertidas de los dias intermedios, y me apresuro á anunciaros, lectores míos muy amados, que la tarde siguiente verificamos nuestra entrada

en Madrid. Vosotros los de la corte, ya sabeis por el prospecto los misteriosos fenómenos con que fue señalada. Solo añadiré que apenas pisamos los intratables cortesanos guijarros, me dijo Tirabeque: «Señor, vd. que conocerá á los hermanos periodistas, diga vd. al que corra con el Calendario, que en aquella primera plana que pone año 1838, el 5842 de la creacion del mundo, 4187 del diluvio universal; 2591 de la fundacion de Roma; el 26 de la promulgacion de la Constitucion en Cádiz, el 6º del reinado de Isabel II, añade desde el año que viene, *«y el 2º de la entrada de Fr. Gerundio y su lego Tirabeque en Madrid.»*»

